

VOLUMEN 30

LAS LENGUAS INDÍGENAS EN EL TERCER MILENIO

Muchas son las preguntas que, desde muy variadas perspectivas, se formulan ante la inminente aproximación de un nuevo milenio. Nos plantearemos aquí una tocante al destino de las lenguas indígenas, el náhuatl, las otras de Mesoamérica y, ¿por qué no?, también las demás del Nuevo Mundo y otros continentes.

Al hablar de lenguas indígenas, cabe entender esta expresión en el sentido de “idiomas vernáculos”, es decir aquellos que son propios de los pueblos originarios de una determinada región o país. Desde luego que en el universo de las muchas lenguas vernáculos hay incontables diferencias que pueden influir en sus respectivos destinos. Obviamente, el número de hablantes de una lengua es un factor de muy grande importancia. Pensemos en el caso de la lengua seri, hablada en Sonora por sólo algunos centenares de personas o en el de los varios idiomas yumanos de grupos muy reducidos en el norte de Baja California. Otra es la situación de lenguas mesoamericanas como el náhuatl, el maya yucateco, el otomí, el zapoteco y el mixteco que, a pesar de todos los pesares, mantienen considerable vigencia en amplios territorios.

Suele afirmarse que la salud de una lengua está en razón directa no sólo del número de personas que la mantienen viva sino también de su utilidad como instrumento de comunicación ante la concurrencia de otro idioma de vigencia mayoritaria con el que tiene que coexistir. Cuando el empleo de una lengua se torna, por así decirlo, artificial, ya que no responde a requerimientos sociales, económicos o simplemente culturales, su vida invariablemente entra en peligro. Y esto mismo se acentúa sobremanera cuando el número de quiénes la hablan se ve cada vez más disminuido.

¿Qué podemos decir, a la luz de esto, sobre el destino, en el tercer milenio, del náhuatl y en general de las lenguas de los pueblos originarios de México? Una primera forma de respuesta es que hay algunas cuya perduración correrá cada día mayor peligro. Es un hecho innegable que lenguas como el paipai, el kiliwa, el warojio y otras varias más se encuentran en tal situación. Refiriendo ahora la pregunta a las len-

guas mesoamericanas que hasta hoy son habladas por varios cientos de miles de personas e incluso por cerca de casi dos millones en el caso del náhuatl, debe reconocerse que no por esto deja de estar amenazada su sobrevivencia.

El tercer milenio traerá consigo una nunca antes vista aceleración en los procesos de globalización. Algunos de éstos son inevitables y, debidamente canalizados, pueden tenerse como positivos. Tal es el caso, por ejemplo, de los procesos de globalización de la tecnología electrónica y de los conocimientos derivados de muchas ramas de las ciencias físico-matemáticas y naturales. Y si bien en esos campos no deja de haber riesgos, como serían algunas de sus influencias en detrimento de la naturaleza, hay otros muchos procesos globalizantes que, más allá de cualquier duda, se presentan como adversos en el universo de la cultura.

En la actualidad hay unas cuantas lenguas que pueden considerarse como ecuménicas o al menos de cada vez más amplia vigencia en el mundo. Una de ellas, el inglés, es ya una lingua franca. El español se impone cada vez más en el ámbito latinoamericano donde hasta hoy han subsistido, casi arrinconadas, las lenguas de los pueblos originarios.

¿Es de prever que en el próximo milenio no ya sólo el inglés sino también el español se convertirán en un reto para la supervivencia de las lenguas indígenas? Intentemos una respuesta, no ya teórica sino encaminada a promover determinadas formas de acción. Reconozcamos, en primer lugar, que toda lengua tiene atributos que hacen valiosa su perduración en el universo cultural. Cada lengua es una especie de gran ordenador, con características propias, del pensamiento humano. Por eso cuando muere una lengua, la humanidad se empobrece. Pero además, para el pueblo que tiene como materna una lengua es ella elemento insustituible en su discurrir y desarrollarse en el mundo. Es parte esencial de su propio legado. Siendo esto así, la pluralidad de lenguas en un determinado país debe reconocerse, al igual que su biodiversidad, como uno de sus más grandes tesoros.

Ahora bien, ¿cómo puede encauzarse la convivencia de las lenguas de los pueblos originarios con la lengua, bien sea oficial o de uso mayoritario, en un país? Recordaré aquí un par de anécdotas. El poeta mazateco, y presidente de la asociación de escritores en lenguas indígenas Juan Gregorio Regino, manifestó en una reunión nada menos que ante el Secretario de la ONU, Javier Pérez de Cuéllar, lo siguiente: “Usted don Javier— probablemente habla varios idiomas, español, inglés, francés y quizás otros. Pero no tiene usted algo que yo sí tengo. Yo poseo dos lenguas maternas, el mazateco que me acerca con mi gente. Lo hablo con mi mujer y mis hijos, mis padres y mis abuelos. En esta

lengua puedo conversar con cerca de ciento cuarenta mil personas. Pero el español, que también desde niño escuché en labios de mi madre que hablaba en esa lengua con los que no entendían mazateco, el español, es también lengua que por esto tengo asimismo como materna. Además el español me permite comunicarme con los hermanos indígenas que hablan idiomas que desconozco y también puede acercarme a casi cuatrocientos millones de hombres y mujeres en toda nuestra América, en España y en otros lugares”.

A su vez, Natalio Hernández Xocoyotzin, de estirpe náhuatl, fue protagonista de lo que ahora recordaré. En ocasión del XI Congreso de las Academias de la Lengua Española, celebrado en Puebla en octubre de 1998, fue invitado a hablar en la sesión de clausura. Natalio Hernández, director de la Casa de Escritores en Lenguas Indígenas, fue breve y contundente. “El español también es nuestro” fue el título de su intervención. Coincidiendo con el poeta mazateco Juan Gregorio Regino, hizo ver a los académicos que la preservación y cultivo de las lenguas indígenas en modo alguno se contraponen con la aceptación del idioma español. Este, por su misma vigencia es ya pertenencia de todos y, en países multilingües como México, viene a ser valioso medio de comunicación entre los hablantes de tantas y tan distintas lenguas.

Las reflexiones de estos dos distinguidos maestros de la palabra, descendientes directos de los pueblos originarios de México, desvanecen la objeción que suele hacerse contra la perduración de las lenguas vernáculas. Es del todo falso que la conservación de ellas signifique un riesgo de fragmentación cultural y menos todavía un peligro para el fortalecimiento de la lengua que hablan hoy cerca de cuatrocientos millones de seres humanos. En realidad, como lo muestra la historia, las lenguas indígenas han contribuido considerablemente al enriquecimiento del léxico del español y asimismo, de diversas formas, a matizar las hablas regionales de cuantos tenemos como propia la lengua de Cervantes en el Nuevo Mundo.

Lo que verdaderamente importa, en lo que concierne al destino de las lenguas indígenas, en el ya inminente tercer milenio, es encontrar los medios que propicien no sólo su perduración sino su enriquecimiento y cultivo literarios. Partiendo de la idea de que cuando muere una lengua la humanidad se empobrece, lo primero será concientizar de su valor a sus propios hablantes y a cuantos no han tenido aprecio alguno por ellas, considerándolas con frecuencia como “meros dialectos de los indios”. Hacer ver que toda lengua, en cuanto sistema de signos, es un manantial de simbolización, que abre camino a una pluralidad ilimitada de concepciones del mundo y que, más allá de su primordial valor en las esferas del pensamiento y de la comunicación,

alcanza en la creación poética atisbos insospechados, incluso revelación de misterios.

Si, al igual que la biodiversidad, la pluralidad de lenguas es uno de los más preciados patrimonios de la humanidad, hay que encontrar los medios que impidan la muerte de idiomas que han existido en el Nuevo Mundo a través de milenios.

La educación bilingüe, debidamente implementada, será ya inaplazable. Los niños descendientes de los pueblos originarios agilizarán sus mentes al penetrar en los secretos de sus dos lenguas maternas, la suya vernácula y el español. Lejos de avergonzarse de hablar la primera, tendrán orgullo de ser bilingües, conscientes de que poseen dos formas distintas de comunicarse y concebir el mundo. Todo esto propiciará la creación literaria en la lengua vernácula. La gran literatura mexicana y también la gran literatura iberoamericana incluirán como partes insuprimibles de sí mismas las nuevas y las antiguas creaciones en las lenguas vernáculas. Los descendientes de los pueblos originarios y todos cuantos conviven con ellos disfrutarán del antiguo legado y de las creaciones de la nueva palabra en la gran sinfonía de las lenguas indígenas.

¿Es todo esto una quimera o un mero deseo? Más allá de cualquier consideración, es un hecho que, en gran medida, de nosotros dependerá el destino de las lenguas indígenas en el tercer milenio. Tal vez lo único que éstas requieren para volver a florecer es que, como las plantas a las que otra más grande hace sombra, se les libere de cualquier opresión. Entonces será verdad de nuevo lo que expresó un antiguo *cuicapicqui*, poeta del mundo náhuatl: “No acabarán mis cantos, no morirán mis flores, yo cantor los elevo, así llegarán a la casa del ave de plumas de oro”.